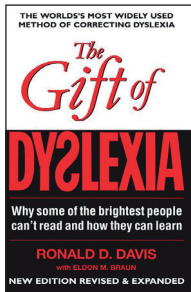


Reseñas • Reseñas • Reseñas • Reseñas

DAVIS, RONALD D.

The Gift of Dyslexia

Souvenir Press (London), 3rd revised edition, 2010¹



Ron Davis es ingeniero y escultor, también es disléxico, y es esto último, lo que, según sus teorías, le otorga el gran talento y visión que posee para ambas profesiones. La sensación de que en los momentos más lúcidos de su creatividad, sus problemas disléxicos empeoraban notablemente le impulsó, hace veinte años, a desarrollar un método para la corrección de la dislexia que aún hoy se conoce relativamente poco, aunque no deja de suscitar interés. Esto queda patente en el hecho de que la segunda edición de su libro se haya tenido que reimprimir nueve veces, la última en el año 2003.

En su trabajo, Davis nos ofrece una visión muy personal de lo que ocurre cuando se presenta la dislexia, una teoría del porqué de su desarrollo desde una edad muy temprana y una propuesta de acción destinada a ayudar a los disléxicos a desenvolverse en el mundo de la palabra escrita y de los símbolos. Aunque estas teorías carecen de fundamentos estrictamente científicos, cualquier padre de niño disléxico o persona

afectada, no solo reconocerá al instante sus síntomas, características y dificultades, sino que también se identificará con ellos a través de las experiencias escolares que el libro relata. Además les aliviará comprender que, lejos de suponer un gran impedimento, como habitualmente se entiende, la dislexia es el producto de una importante inteligencia subyacente. Al mismo tiempo, la obra proporciona gran estímulo al advertir que la posibilidad de acceder al mundo de la lectura y la escritura, que tanto nos enriquecen, no les está vedada. Es importante destacar que las teorías y procedimientos del autor no tenían como objetivo primero profundizar en la naturaleza del problema, sino explicar por qué es posible corregirlo.

La primera parte del libro describe la dislexia no como un problema sino como un don o capacidad que, si no se destruye durante el proceso educativo, desembocará en una inteligencia superior a la media, adornada de habilidades creativas extraordinarias. Es la peculiar forma de pensar que emplean los disléxicos y que Davis describe como "conceptualización no verbal" la responsable de sus valores positivos. A diferencia de la conceptualización verbal, que es lineal y que hace uso de los sonidos del lenguaje para pensar, la conceptualización no verbal, al ser evolutiva, crea imágenes mentales que "crecen" a medida que el proceso de pensamiento va agregando más conceptos. Este modelo, empleado en

¹ La traducción de la primera edición *El don de la dislexia* fue publicado por Editex (Madrid), 1999. Actualmente no está disponible.

exclusiva por los disléxicos, es un modelo de pensamiento mucho más veloz que el meramente verbal, usado por los demás hablantes. Es imposible que una persona que utiliza el proceso de pensamiento no verbal haga referencia a palabras cuyo significado no pueda visualizar. Por esta razón, son casi siempre las palabras más comunes y aparentemente sencillas, tales como *otra, fue, hasta* y aproximadamente otras doscientas más de las mismas características, las que desencadenan los síntomas de la dislexia. Según nos explica Davis, la única imagen de la que dispone el disléxico sobre esta clase de palabras es exclusivamente la de las letras. Al carecer de sentido, estas crean vacíos en la imagen evolutiva que se produce en la persona afectada al leer una frase. En otras palabras, los huecos en blanco que se intercalan en la serie de imágenes resultante impiden que estas últimas se presenten relacionadas entre sí, lo que provoca una sensación de confusión. Cuando la persona alcanza su tope de confusión, se produce un estado límite que el autor denomina “desorientación”.

La desorientación es una reacción normal del cerebro en ciertas situaciones y que, generalmente, ocurre cuando este recibe información contradictoria de distinto signo e intenta descifrarla. El ejemplo que nos ofrece el autor es el de estar parados en un coche delante de un semáforo en rojo: si el coche que está a nuestro lado empieza a avanzar, tenemos la sensación de que nuestro vehículo está rodando hacia atrás y, con mucha probabilidad, sin siquiera pensarlo, pisamos el freno con mayor fuerza. Una persona disléxica no solo experimenta esa sensación de desorientación sino que ella misma la motiva.

Davis sugiere, en la segunda parte del libro, que la dislexia comienza en la infancia, o incluso cuando el niño está todavía en la cuna. Al encontrarse frente a un estímulo visual, su falta de movilidad para poder explorar el entorno obliga a su imaginación, o a lo que el autor llama “el ojo mental”, a completar una imagen de la que solo percibe una parte. Es posible que algunas personas estén predispuestas, a través del código genético, a utilizar la parte del cerebro que altera y crea percepciones, lo que no significa necesariamente que hayan de convertirse en disléxicas, aunque sí poseen mayor predisposición a desarrollar tal condición. Por esta razón, puede ser que la dislexia parezca hereditaria. A base de experimentar habitualmente la desorientación para resolver situaciones confusas y reconocer objetos que, de otro modo serían irreconocibles, el niño disléxico tiende a convertir este modo de pensar en algo natural que surge espontánea e imperceptiblemente. Al comenzar la escolarización, esto es, sobre los cinco años, el niño está tan acostumbrado a ver el mundo de una manera multidimensional que no distingue entre las imágenes de “su ojo mental” y las que ve de modo convencional: cree que todas son reales.

El problema comienza cuando este niño se enfrenta al lenguaje escrito. El sistema, que con tanta eficacia había aplicado para resolver su confusión sobre objetos físicos reales, falla ahora lamentablemente. El niño percibe la palabra escrita desde diferentes prismas, hacia delante, hacia atrás, desde arriba y hacia abajo o, incluso, como un revuelto de todos sus componentes, lo que solo consigue incrementar su estado de confusión. Esto puede explicar por qué algunos disléxicos afirman que, al leer, las

palabras “se mueven” sobre la página y que, incluso, llegan a padecer dolores de cabeza y mareos. Al alcanzar el tope de la confusión, el niño empieza a equivocarse: ya no ve lo que está escrito, sino lo que *cree* que está escrito: este es el síntoma principal de la dislexia.

Davis nos aclara también la dificultad que tienen los niños con dislexia para concentrarse y completar las tareas de clase. La mayoría de los niños en edad pre-escolar experimentan periodos prolongados de confusión, debido a su incapacidad para resolver las situaciones confusas en las que se encuentran inmersos. El resultado final de esta repetida experiencia es la concentración. El niño disléxico, sin embargo, es capaz de eliminar rápidamente su sensación de confusión con la práctica de la desorientación, lo que le impide desarrollar su capacidad de concentración.

Muchas personas, especialmente los profesores, consideran que la concentración es una cualidad positiva, pero Davis nos advierte que esta no debe confundirse con la atención. Al concentrarse con intensidad, una persona enfoca y ocupa su conciencia en una sola cosa. Se trata de un proceso similar al empleado para la hipnosis. Sin embargo, si un disléxico se concentra de esa manera en el momento de la lectura, experimenta un estado hipnótico que imposibilita su comprensión. Por el contrario, cuando se presta atención, la conciencia se expande para abarcar el área más extensa posible del ambiente inmediato. Debido a su mayor grado de conciencia ambiental, los niños disléxicos tienden a ser más curiosos y dirigen su atención a lo que más les interesa, razón por la que los profesores suelen considerar que se distraen fácilmente. A todo esto hay que añadir el efecto

que puede generar el aburrimiento en una mente que trabaja entre 200 y 4.000 veces más rápido que las que le rodean. El niño disléxico aburrido practica la desorientación para dejar volar su imaginación o para dirigir su atención a otra cosa que encuentra más interesante.

La tercera parte del libro incide sobre los aspectos positivos de la dislexia. El “don” de la dislexia consiste en la capacidad de la persona que la vive de entender, aprender y dominar una serie de destrezas mucho antes y de manera más rápida que una persona “normal”. El hecho de pensar con imágenes supone la posibilidad de que la persona pueda desencadenar entre seis y diez veces más pensamientos por segundo que alguien que piensa de modo verbal. Además, goza de la ventaja de poder conceptualizar con un solo pensamiento algo cuya descripción requeriría cientos, o incluso, miles de palabras. Un claro ejemplo de esta circunstancia la encontramos en la teoría de la relatividad de Einstein (uno de los disléxicos más famosos de la historia), ideada durante “un viaje de fantasía” dentro de un rayo de luz. Una visión tan fugaz, un concepto tan sencillo para la mente del científico ha dado lugar a cientos de libros que, a pesar de intentar una explicación comprensible para la mayoría de los humanos, aún no lo han logrado. También Leonardo (otro ilustre disléxico) visualizó modos de desplazamiento submarinos y aéreos varios siglos antes de que existieran ingenios capaces de hacerlo. Davis postula que Einstein y Leonardo experimentaron estas creaciones y, por tanto, poseían el conocimiento de ellos. Los demás, simplemente, sabemos que existen o, en algunos casos, entendemos su funcionamiento, pero esto solo equivale a conocer los datos,

no a poseer el conocimiento. Las personas capaces de pensar de forma multidimensional poseen esa enorme creatividad que permite concebir cosas que no existen en la realidad y que, como en los casos mencionados, les puede convertir en individuos de gran valor para la sociedad.

La última parte de la obra de Davis se centra en la exposición de su método para la corrección de la dislexia que, según él, permite al afectado adquirir el modo de percepción visual de dos dimensiones, necesario para la lectura y la escritura. Dicho método, consiste en buscar un lugar estable para “el ojo mental” con objeto de que todos los símbolos se perciban desde ese punto óptimo y dejen de verse desde múltiples perspectivas. Dadas las grandes ventajas que se aprecian en el pensamiento multidimensional, el control del ojo mental se ejerce de forma voluntaria, acorde con las necesidades de la persona en cada momento. Esto es lo que Davis denomina “orientación”.

Además de la orientación, el disléxico ha de conseguir también el dominio de los símbolos que componen el alfabeto. Tal dominio se logra a través de ciertos trabajos con barro en los que, tras moldear todas las letras, elabora figuras que representan las palabras desencadenantes de la dislexia, con el fin de que adquieran una imagen donde poder apoyar su pensamiento.

Actualmente, aunque la estimación parece más bien moderada, se supone que uno de cada 25 niños es disléxico, lo que significa uno por aula. Teniendo esto en cuenta, la obra resultaría de gran interés para todos los profesores de educación primaria (y los de secundaria cuya idea de la docencia tenga que ver más con facilitar que con servir de fuente de conocimiento),

sobre todo aquellos que tienen en sus aulas alumnos que se distraen con facilidad, que a pesar de su aire inteligente, después no rinden en sus trabajos escritos, o alumnos en los que se observa discrepancia entre su participación oral y su disposición a completar la misma tarea sobre el papel. También resulta recomendable para padres que viven el “problema” en casa y que comparten la frustración que experimentan sus hijos en el colegio, donde todavía no se ha comprendido que la dislexia no es una deficiencia, sino una diferencia. La lectura de este libro puede ser una experiencia alentadora.

Susan Cranfield
Universidad de Las Palmas de
Gran Canaria